

THOMAS ANSTEY GUTHRIE

Viceversa
(Una lección para los padres)

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



UN CLÁSICO
DEL HUMOR INGLÉS



Viceversa

Thomas Anstey Guthrie

Viceversa
(Una lección para los padres)

Traducción de Belén Quesada Pareja



Primera edición: octubre de 2024

Título original: *Vice Versâ, Or A Lesson to Fathers* (1882)

© de la traducción y del postfacio: Belén Quesada Pareja, 2024

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2024
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

BIC: FC

ISBN: 978-84-128530-8-7
Depósito Legal: M-20116-2024

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *El último día en la vieja casa* (1862),
Robert Braithwaite Martineau

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Viceversa

Prefacio

Cuenta una vieja historia que cierto griego, obsequioso hasta la exageración, cuando celebraba el funeral de su hijita, se sintió obligado a pedir disculpas a los asistentes por «mostrar un cadáver tan ridículamente pequeño ante una multitud tan grande».

El autor, aunque confía en que la presente obra tenga más vitalidad que la hija del caballero griego, considera que, en estos tiempos de ficción filosófica, romance metafísico y novelas con propósito, pudiera ser necesaria una disculpa por ofrecer una historia cuyo frívolo y poco ambicioso objetivo sea el mero entretenimiento. Sin embargo, asume el riesgo de dejar que sea la propia historia su disculpa personal y se contenta tan solo con la súplica de que su pececito se ahorre el reproche de no ser una ballena.

Al presentarlo al público con el debido respeto, estima que ninguna combinación de palabras que él pudiera concebir podrían cautivar de manera tan simple y poderosa sus sentimientos como

las que se ha atrevido a tomar prestadas de un libro de frases anglo-portuguesas de merecida popularidad: ese clásico del humor absurdo que es *English as She Is Spoke*.¹ Al igual que los compiladores de dicha obra, él también «espera, pues, quien el librito, por el cuidado con la que ha escrito él y sus correcciones tipográficas de ella, se encomiende al *paterfamilias* británico a lo cual se lo dedica en particular».

1. El original inglés parafrasea el prefacio de *O novo guia da conversação, em portuguez e inglez* conocida como *English as She Is Spoke*, un libro de 1855 de autores portugueses que pretendía ser una guía de conversación portugués-inglés, pero que por sus tremendos errores acabó siendo un libro de culto de humor no intencionado.

I. Lunes negro

«En Inglaterra, donde los niños suelen ir a internados, si las vacaciones no fueran largas, no habría oportunidad de cultivar los afectos domésticos».

Carta de lord Campbell, 1835

Cierto lunes de enero de 1881, a última hora de la tarde, el señor Paul Bultitude, de Mincing Lane, Venta al por menor de Artículos Coloniales, se encontraba solo después de la cena, sentado en el comedor de su casa de Westbourne. La habitación era alargada y de techos altos, amueblada según la moda austera y sin concesiones de la Edad de la Caoba, que ahora había sido suplantada por las últimas tendencias en decoración, las cuales, tras un comienzo original y artístico, parecían ir camino de convertirse en algo igual de convencional y carente de significado.

En esta estancia no había habilidosos contrastes entre tonos de verde o gris, ni frisos, ni pintura al temple en las paredes; la ebanistería estaba vetada y barnizada a la manera del denostado «filisteísmo», las paredes empapeladas en un carmesí oscuro, con pesados cortinajes del mismo color, y el aparador, el trincherero y

una hilera de rígidas sillas estaban todos tallados en el mismo estilo de fealdad macizo y caro. Los cuadros consistían en esas tradicionales representaciones de conejos inmundos, rollizos caballos blancos, diosas abotargadas y gañanes deformes, cuyos autores, si bien más jóvenes de lo que pretendían ser, debían de haber tenido edad suficiente para hacerlo mejor.

El señor Bultitude era una persona alta y corpulenta, con además algo pomposo y arrogante, de poco más de cincuenta años, pero aparencia mucho mayor. Tenía una cabeza reluciente, de la que el pelo había desaparecido casi completamente y el poco que quedaba era de un castaño rojizo entrecano; los ojos saltones eran de color azul pálido, con los párpados caídos y las feroces y pobladas cejas de un tono marrón grisáceo. En conjunto, su expresión sugería la propia certeza de su gran importancia, a pesar de lo cual, el gran labio inferior, que colgaba laxo, y la papada algo hundida daban a cualquier buen conocedor del comportamiento humano una razón para creer que esa obstinada seguridad que se percibía en la actitud del señor Bultitude se debía probablemente no tanto a una extraordinaria fuerza de voluntad, sino al hecho de que, por alguna feliz casualidad, dicha voluntad nunca había encontrado un serio oponente.

La habitación, con todas sus carencias estéticas, era bastante confortable y la actitud del señor Bultitude, recostado en un mullido sillón de piel, con una copa de clarete al lado y los pies extendidos hacia las refulgentes llamas del fuego encendido, parecía indicar a primera vista ese estado placentero y de absoluta satisfacción con uno mismo y con las cosas en general que se produce después de la cena, que es la consecuencia natural de tener una buena cocinera, la conciencia tranquila y una fácil digestión. Solo a primera vista, porque su semblante no confirmaba esa impresión: había en

él un desasosiego latente, un aire de contenida indignación, como si esperara, e incluso temiera, ser molestado en cualquier momento, pero, al mismo tiempo, fuera incapaz de sentirse enojado por la intrusión, como en realidad le gustaría.

Cada vez que percibía el más ligero sonido desde el vestíbulo, se incorporaba a medias en su asiento y miraba hacia la puerta con una mezcla de inquietud y resignación, y, cada vez que los pasos se perdían y la puerta permanecía cerrada, volvía a hundirse en el sillón y se acomodaba con un gesto de alivio.

Los lectores habituales de novelas, al haber leído hasta este punto, se estarán preparando, me temo, para la llegada de un fiel contable con noticias de una ruina irreparable o la de algún misterioso y malintencionado extraño con amenazas de revelar información de naturaleza ignominiosa. Sin embargo, hay que descartar tales conjeturas de inmediato. El señor Bultitude, si bien era comerciante, era uno de bastante éxito, en manifiesta oposición a las leyes de la ficción, según las cuales cualquier relación con el comercio parece conducir de manera natural al fracaso en algún pasaje del relato.

Era también un provector caballero de irreprochable reputación y antecedentes. Ninguna espada de Damocles relativa a posibles escándalos pendía sobre su calva pero intachable cabeza; no tenía desastres que temer ni indiscreciones que esconder. No estaba hecho para el melodrama, al no considerarlo algo respetable como para que se le relacionara con él.

De hecho, el secreto de su desasosiego era tan normal y corriente que hasta siento vergüenza de haber generado cierta intriga, aunque haya sido momentánea.

Su hijo Dick estaba a punto de regresar al colegio esa misma tarde, y el señor Bultitude esperaba que, de un momento a otro, se

le reclamara para hacer frente a una escena de despedida, y eso era lo que verdaderamente le preocupaba.

Esto podría sonar achacable a la delicadeza de sus sentimientos como padre, porque hay algunos progenitores que soportan semejante duelo al final de las vacaciones con extraordinaria entereza, si es que de hecho no delatan una satisfacción antinatural ante la coyuntura.

Pero no era precisamente la ternura la razón de su intranquilidad e impaciencia, ni tampoco temía que fuera a suponer un suplicio para sus emociones. No era muy dado a sentimentalismos y había sido el autor de más de una de esas cartas a los periódicos, tan cargadas de indignación que resultan patéticas, en las que un padre británico denuncia los elevados gastos de la educación y la desmedida duración y frecuencia de las vacaciones.

Era una de esas personas nerviosas e inquietas incapaces de comprender a sus propios hijos, a los que consideran desagradables monstruos cuyas reacciones resultan difíciles de prever. Tal y como Frankenstein se debería de haber sentido respecto a su criatura.

Detestaba tener a un muchacho por la casa y sufría de verdad con las preguntas irrelevantes e incontroladas, los ruidos innecesarios y el escandaloso buen humor que nada podía aplacar; la compañía de su hijo era para él sencillamente un fastidio hartado desagradable y ansiaba poderse librar de ella desde el mismo día en que comenzaban las vacaciones.

Había enviudado hacía casi tres años y no había duda de que la pérdida de ese tacto amoroso de una madre, capaz de contener el júbilo atolondrado antes de que se haga intolerable e interpretar y suavizar la más iracunda y menos razonable de las reprimendas, tenía mucho que ver con el hecho de que la relación entre padre e hijos fuera mucho más tensa de lo que hubiera sido de otra manera.

Así, el miedo que Dick sentía hacia su padre era lo bastante grande como para impedir cualquier tipo de cordialidad entre ellos, pero suficiente como para que se comportara con cautela y evitara enfrentamientos, por lo que no sorprende que, cuando llegaba la hora de volver a su cautiverio, el colegio del doctor Grimstone, Crichton House, Market Rodwell, su padre no quedara en absoluto inconsolable.

En estos momentos, aunque el señor Bultitude estuviera tan cerca de la hora de su liberación, todavía le quedaba un largo cuarto de hora en el que se debían pronunciar las últimas palabras de despedida, y bajo estos auspicios, al tener la certeza de que acabarían importunándolo, le resultaba imposible calmarse lo suficiente como para dormir una tranquila siesta de media hora o retirarse a la sala de billar a tomar una taza de café y fumar un puro suave, lo que hubiera hecho en otras circunstancias.

Y había una cosa más que lo atormentaba, y era un inquietante temor a que en el último momento algún percance no previsto impidiera al final la marcha del chico. Tenía motivos para ello, pues solo una semana antes una repentina tormenta de nieve sin precedentes había frustrado sus esperanzas, la misma víspera del día en que iban a verse cumplidas, ya que el doctor Grimstone se había visto obligado a posponer la fecha en la que se retomarían las clases. Y ahora el señor Bultitude estaba en un sinvivir hasta que viera la casa por fin libre de la presencia de su hijo.

Durante todo este tiempo, mientras el padre se angustiaba y se atormentaba en el sillón, el hijo, la desventurada razón de todo este desasosiego, había permanecido de pie en la alfombrilla al otro lado de la puerta, intentando armarse del valor necesario para entrar como si nada. No parecía entonces especialmente eufórico. Al contrario, su cara estaba pálida y los ojos más enrojecidos de lo que

le hubiera gustado que vieran sus compañeros de Crichton House. En ese momento, toda la vitalidad y la energía lo habían abandonado; tenía una molesta sequedad en la garganta y una sensación generalizada de helada pesadez que él mismo habría descrito, de forma muy elocuente, aunque sin elegancia académica, como que «estaba hecho un guiñapo».

Ni el más resuelto de los chicos cuando regresa al mejor de los colegios puede evitar sentir algo así en ese momento aciago en que el reloj de arena de las vacaciones agota su último grano dorado, cuando el equipaje espera atado y etiquetado en el vestíbulo y alguien se dispone a llamar al funesto coche.

Dick acababa de recorrer la casa despidiéndose lacónico de todos los sirvientes: un desagradable calvario del que hubiera prescindido gustoso, de haber sido posible, y que no sirvió para elevarle el ánimo.

En la planta de arriba, en la luminosa habitación de los niños, había encontrado a su antigua nodriza sentada cosiendo junto al alto parachispas de metal. Era una adusta señora mayor de marcados rasgos, que lo había abofeteado sistemáticamente desde su más tierna infancia hasta la niñez, y Dick había tenido algunos momentos turbulentos con ella durante las últimas semanas; sin embargo, ahora, al despedirse, la nodriza se había ablandado de la manera más inesperada y le había dicho que era, «después de todo, un caballero amable y de buen corazón, aunque a veces inaguantable y desobediente». Y después había vaticinado, con la imprudencia propia de la irresponsabilidad, que «el trimestre siguiente serás el mejor niño que nunca haya habido, te emplearás a fondo en todas tus clases y traerás a casa un premio»; pero esta inusitada amabilidad solo sirvió para que fuera más difícil salir de la reunión con convicción de su propia estima.

En la planta de abajo, de la caldeada cocina con olor a especias había salido la cocinera, con el vestido de tarde estampado en tonos marrones y un cuello limpio, para comentar con alegría que «¡Dios bendiga su corazón! ¡Pero si hoy en día, con el telégrafo y eso, el tiempo pasa volando y enseguida le tendremos otra vez de vuelta antes de que todos nos demos cuenta!», lo cual tenía algo de falso consuelo, hasta que uno entendía que, en realidad, exponía la situación desde su propio punto de vista.

Después de eso, Dick había ido a decir adiós a su hermana mayor Barbara y a su hermano pequeño Roly, y había llegado al sitio en que lo habíamos encontrado al principio, en la alfombrilla ante la puerta del comedor, donde aún seguía tiritando en el frío y lóbrego vestíbulo.

Por alguna razón no lograba dar el siguiente paso de una vez; sabía muy bien cuáles eran los sentimientos de su padre, y despedirse constituye una ceremonia muy desagradable para alguien que cree ser el único que siente pena.

Pero no tenía sentido posponerlo durante más tiempo. Se decidió por fin a entrar y, por lo tanto, abrió la puerta. ¡Qué cálida y acogedora parecía la sala! Mucho más confortable de lo que nunca antes le había parecido, ni siquiera el primer día de las vacaciones.

Y al cabo de un cuarto de hora su padre seguiría sentado allí, tal y como estaba en ese momento, ¡mientras que él estaría atravesando la cruda y deprimente niebla camino de la estación!

«Qué indescriptiblemente maravilloso debe de resultar —pensó Dick con envidia— ser una persona mayor y no tener que preocuparse por el colegio ni por los libros de texto; poder tener la ilusión de volver a la misma casa confortable y vivir la misma vida sencilla día tras día, semana tras semana, sin miedo a un lunes negro que cada vez está más cerca».

Los moralizadores pesimistas aducirían aquí que no podemos librarnos del colegio solo con crecer y que, incluso para aquellos que se las ingenian para hacerlo y convierten su vida en unas largas vacaciones, llega un momento en que, muy a su pesar, ven acercarse un lunes más negro que cualquiera de los que alguna vez hayan hecho temblar el corazón de un colegial. Pero Dick nunca los hubiera creído, con lo que los moralistas solo habrían desperdiciado con él su magnífico sentido común.

La cara de Paul Bultitude se despejó cuando vio entrar a su hijo.

—Aquí estás, ¿eh? —dijo con evidente satisfacción mientras se giraba en el sillón, intentando abreviar el trance en lo posible—. ¿Así que por fin te vas? Bueno, las vacaciones no pueden durar eternamente, ¡gracias a un misericordioso decreto de la providencia, no duran siempre! En fin, adiós, adiós, pórtate bien este trimestre, cuida de que no haya más altercados. Ahora mejor márchate y ponte el abrigo, estás haciendo esperar al coche todo este tiempo.

—No, no es así. Boaler no ha ido todavía a buscar ninguno.

—¿Todavía no ha ido a buscar un coche? —exclamó Paul con manifiesta inquietud—. ¿Por qué? Dios mío de mi alma, ¿en qué está pensando este hombre? ¡Vas a perder el tren! ¡Sé que vas a perder el tren, y será otro día desperdiciado, después de la semana adicional malgastada por culpa de la nieve! Me tendré que encargar yo mismo de esto. Toca la campana, dile a Boaler que salga ahora mismo; ¡insisto en que vaya a buscar un coche en este preciso instante!

—Bueno, no es culpa mía, ya ve —se quejó Dick, que no consideró tanta ansiedad en absoluto halagadora—, pero Boaler ha salido ya. Acabo de oír cerrarse la puerta.

—¡Ah! —dijo el padre con más compostura—. Ahora entonces lo mejor es que me estreches la mano y que luego subas a decirle adiós a tu hermana. No tienes tiempo que perder.

—Ya me he despedido de todos —afirmó Dick—. ¿No podría quedarme aquí hasta... hasta que viniera Boaler?

Esta petición se debía menos al cariño filial que a un apremiante deseo de tomar un postre que ni siquiera sus sentimientos podían reprimir por completo. El señor Bultitude le autorizó de muy mala gana.

—Supongo que puedes, si es lo que quieres —contestó con impaciencia—, pero haz una cosa u otra: quédate fuera o bien cierra la puerta, entra y siéntate sin hacer ruido. ¡No puedo estar sentado en plena corriente de aire!

Dick obedeció y se afanó con el postre con una expresión algo dolida.

Su padre se sintió aún más cohibido y preocupado que nunca: el encuentro, tal y como había temido, parecía que iba a durar todavía algún tiempo, y se vio obligado a mejorar el ambiente de alguna manera o, al menos, a hacer alguna observación. Con todo, no tenía la más remota idea de qué decir a ese chico pelirrojo y serio que, entre bocado y bocado, lo miraba con tristeza desde su asiento.

La situación se iba haciendo más embarazosa por momentos.

Por fin, como consideró que tenía más motivos para reprenderle que para conversar sobre cualquier otro tema, empezó por ahí.

—Hay algo de lo que quiero hablarte antes de que te vayas —comenzó— y es lo siguiente. Este último trimestre he recibido un informe sobre ti de lo más inaceptable. Que no se repita. Me comenta el doctor Grimstone, sí, aquí tengo su carta, sí, dice (y

límitate a escuchar en lugar de enfermarte con ese jengibre confitado): «Su hijo tiene un talento natural y excelentes aptitudes, pero lamento tener que decirle que, en lugar de aplicarse como debiera, hace un mal uso de sus habilidades y consigue ser un nocivo ejemplo para sus compañeros, cuando no los lleva directamente por el mal camino». ¡Qué agradable resulta para un padre leer una nota de ese tipo! Aquí estoy yo, mandándote a un colegio caro, dotándote con un gran talento natural y excelentes aptitudes y... y cualquier otro requisito escolar, y todo lo que haces tú es emplearlo de mala manera. ¡Qué vergüenza! ¡Y, además, llevas a tus compañeros por el mal camino! Vaya, a tu edad, debería ser a ti a quien llevaran por el mal camino... No, no es eso lo que quiero decir, pero lo que sí te diré es que he escrito una carta muy dura al doctor Grimstone en la que le manifiesto el dolor que me causa oír que no te portas como es debido y le pido que si, en lo sucesivo, te vuelve a pillar dando ejemplo de cualquier tipo, fíjate bien, de cualquier tipo, que recuerde alguno de los sensatos comentarios del rey Salomón sobre la cuestión. Así que te recomiendo encarecidamente que tengas cuidado con lo que haces de ahora en adelante, por la cuenta que te trae.

No era este, quizás, un discurso muy alentador, pero no pareció angustiar en modo alguno a Dick. Había oído muchos del mismo estilo en ocasiones anteriores y, a esas alturas, ya estaba totalmente curado de espanto.

Había estado distrayéndose con las almendras y las pasas, aunque, en vez de consolarse, se atragantaba con ellas, por lo que las dejó y permaneció sentado cavilando en silencio sobre su complicada suerte con una pesadumbre alicaída y ausente, que solo aquellos que durante su infancia hayan pasado por lo mismo podrán comprender. Para otros, cuyo período escolar haya sido un camino

sin obstáculos de emoción y éxito, esto les resultará incomprendible, y mucho mejor para ellos.

Dick estaba sentado oyendo el lúgubre reloj con forma de esfinge sobre la chimenea de mármol negro, que con su tictac marcaba implacable sus últimos momentos de vida hogareña, y de manera ingeniosa se dispuso a rematar su pena reviviendo en la memoria momentos más felices.

En una de las esquinas de la repisa del hogar quedaba un ramito ya seco de laurel y en él se fijaron sus ojos con triste satisfacción. Con el pensamiento volvió a esa maravillosa tarde de Nochebuena cuando todos regresaban alborotados a casa por las calles iluminadas, cargados con compras del bazar de Baker Street; y, después, habían decorado las habitaciones con una alegría libre y despreocupada. ¡Y también la cena de Navidad! Se había sentado justo donde estaba en ese instante, pero ¡cuán diferente era todo en cualquier otro aspecto! Entonces aún no había llegado el momento en que el concepto de «ya solo quedan tantas semanas y días» empezara a importunarle con su macabra presencia, como una calavera en un banquete ancestral.

Sin embargo, ahora podía recordar vívidamente y con amargo pesar que entonces no se había divertido tanto como debiera; incluso se acordó de una desalmada opinión por su parte de que las fiestas resultaban «aburridas». ¡Aburridas!, con abundante comida y tres (cuatro, si lo hubiera sabido) semanas más de vacaciones por delante, con el día después de Navidad y el emocionante y animado paseo en coche hasta el Palacio de Cristal al día siguiente, con todo lo que quedaba de una temporada de libertad y múltiples alegrías que en ese momento apenas se atrevía a recordar. Tenía que haber estado loco para pensar una cosa así.

En el piso de arriba su hermana Barbara tocaba suavemente una de las melodías de *Los piratas de Penzance*² (era la súplica de Frederic a las hijas del general de división), y la música, sacada del contexto de la trama jocosa que ilustraba, tenía un sentimiento y un dramatismo propios que emocionaron a Dick y agudizaron su melancolía.

Había ido a la ópera durante las vacaciones (en secreto, pues el señor Bultitude no era partidario de tales distracciones), y en ese momento el piano le traía otra vez a la memoria la escena en su totalidad: ¡no volvería a ir a teatro durante mucho tiempo!

Para entonces, el señor Bultitude volvía a encontrar incómodo el silencio entre ellos y se levantó con un bostezo.

—¡Vaya! ¡Boaler está tardando una barbaridad en traer ese coche!

Dick se sintió más dolido que nunca y lo manifestó soltando un suspiro que pretendía ser conmovedor.

Por desgracia, fue malinterpretado.

—Me gustaría, caballero —dijo su padre con malhumor—, que intentaras abandonar esa costumbre de respirar tan fuerte. Estar en compañía de orcas, que es lo que parece, es algo que no gusta a nadie y ofende a muchos, a mí incluido. Y, por Dios bendito, Dick, deja de dar pataditas a la mesa, sabes que me saca de quicio. ¿Por qué lo haces? ¿Es que no puedes aprender a sentarte a la mesa como un caballero?

Dick masculló una disculpa y después, recuperando el tono y recordando sus necesidades, dijo con voz entrecortada por los nervios:

2. *The Pirates of Penzance* (*Los piratas de Penzance*) es una ópera cómica en dos actos con música de Arthur Sullivan y libreto de W. S. Gilbert. El estreno oficial de la obra se llevó a cabo el 31 de diciembre de 1879 en el Fifth Avenue Theatre en Nueva York.

—Ah, padre, ¿sería... podría darme algo de dinero de bolsillo para llevarme?

La expresión del señor Bultitude era como si su hijo le hubiera pedido una llave de la casa.

—¡Dinero de bolsillo! —repitió—. Válgame Dios, no puedes necesitar dinero. ¿No te dio tu abuela un soberano de aguinaldo? ¡Y yo te he dado diez chelines!

—Pues sí que lo necesito —corrigió Dick—, ya no me queda nada. Y siempre me ha dado usted dinero para llevarme.

—Si te doy dinero, lo que harás será gastarlo —rezongó el señor Bultitude, como si considerara el dinero una obra de arte.

—No me lo voy a gastar todo de una vez, y necesitare algo los domingos para el cepillo. Siempre tenemos que poner algo en el cesto cuando pasan la colecta. Y hay que pagar el coche.

—Boaler tiene orden de pagar tu coche, como sabes de sobra —respondió su padre—, pero admito que sí debes llevar algo de dinero, aunque bien sabe Dios que ya me cuestan bastante sin este gasto adicional.

Y, diciendo esto, sacó un puñado de monedas de plata y oro del bolsillo de su pantalón y lo extendió a propósito en brillantes filas sobre la mesa que había delante de él.

Los ojos de Dick brillaron al ver semejante dineral y, durante unos momentos, casi se le olvidó la angustia por el exilio inminente ante la perspectiva de todo el respeto y reconocimiento que uno solo de aquellos brillantes soberanos le proporcionaría. Le aseguraría lujos clandestinos y buenas amistades mientras durara. Ni siquiera Tipping, el delegado del colegio, que ya vestía frac, disponía de más cantidad, y, además, el dinero le sacaría espléndidamente de ciertas dificultades pecuniarias a las que se había visto expuesto por un inesperado acto de autoridad paterna. Podría liquidar todas

las reclamaciones con una suma como esa a su disposición, ¡y, por añadidura, su padre podía prescindir sin problema de esa cantidad!

Mientras tanto, el señor Bultitude, con sumo cuidado y rigor, fue seleccionando de entre las monedas una de seis peniques, un florín y dos chelines, y las deslizó hacia su hijo, que las miró con una decepción que no hizo amago de disimular.

—Una generosísima asignación para un joven como tú —observó el padre—. No la gastes en ninguna tontería y, si hacia el final del trimestre necesitaras algo más, lo solicitaras mediante una carta inteligible y a mí me pareciera oportuno concedértelo, bueno, es posible que te lo haga llegar.

Dick no tuvo el valor de pedirle más, por mucho que lo deseara, así que guardó el dinero en su portamonedas con expresión de relativa gratitud.

Pareció encontrar en su monedero algo que se le había olvidado, porque sacó un paquetito y lo desenvolvió algo indeciso.

—Casi se me olvida —dijo más animado de lo que había estado hasta entonces—: no me gustaría llevármela sin su permiso, pero ¿esto sirve para algo? ¿Puedo quedármela?

—¿Cómo? —interpeló con dureza el señor Bultitude—. ¿Qué es eso? ¿Todavía más cosas! ¿Qué es lo que quieres ahora?

—Solo esta piedra que el tío Duke le trajo a mamá de la India, eso que dijo que llamaban piedra Pagoda o algo de por ahí.

—¿Piedra Pagoda? ¿Quieres decir piedra Garuda,³ niño! Me gustaría saber de dónde la has cogido. Has estado rebuscando en mis cajones y eso es algo que no voy a tolerar, como te he dicho una y otra vez.

3. Garuda es una criatura de la mitología india en forma de águila o ave de presa, antropomórfica. Es probable que los símbolos inapreciables en la piedra que se mencionan más adelante sean una representación de esa figura.

—No es verdad —negó Dick—, la encontré en una bandeja en el salón y Barbara dijo que, a lo mejor, si te lo pedía, me dejabas quedármela, porque no creía que te sirviera para nada.

—Pues Barbara no está autorizada para decir nada por el estilo.

—¿Pero puedo quedármela? Sí, ¿verdad? —insistió Dick.

—¿Quedártela? Desde luego que no. ¿Para qué ibas tú a querer una cosa así? Es ridículo. Dámela.

Dick se la entregó a regañadientes. No parecía gran cosa, una especie de pequeña tableta cuadrada de piedra verde grisácea y aspecto insignificante con un agujero en una esquina y que en dos de sus caras tenía marcas difusas de letras o símbolos misteriosos, que el tiempo había hecho muy difíciles de interpretar.

Parecía totalmente inofensiva cuando el señor Bultitude la cogió; no hubo una mano amable que lo retuviera, ni una palabra de advertencia que insinuara que en el interior de ese pequeño trozo de mármol podría estar latente toda la energía reprimida de la nigromancia oriental olvidada mucho tiempo atrás, y dispuesta a ponerse en acción a las primeras palabras que tuvieran el poder de invocarla.

No las hubo y, aunque hubiera habido alguien que lo hubiera advertido, Paul Bultitude era un individuo serio y prosaico, que probablemente se habría tomado el aviso como una ridícula superstición.

El caso es que nadie podría haberse puesto en una tesitura tan extrema de peligro siendo menos consciente del riesgo que corría.